

gardés comme étrangers par una Nation que ses lumières et son courage ont rendue libre". La cama, humildísima, muy cerca de la mesa de trabajo: en los últimos meses de su vida Schiller se levantaba a ratos, su cuerpo deshecho, trabajaba con el espíritu aun alerta.

¡Con qué pasión nos cuenta estas cosas la amiga alemana que nos ha acompañado a visitar ambas casas! ¡Con cuánta vehemencia recalca la rebelde lucha de Schiller contra las condiciones adversas de su vida, contra la injusticia, contra la tiranía!

Hay que dejar esta ciudad "joya del mundo". Vamos a ver cómo trabaja hoy y lucha el pueblo alemán, en una pequeña cooperativa agrícola. Estamos en Magdala, una bonita aldea con sus casitas de techos rojos, con su riachuelo con gansos blancos.

Nos reciben las campesinas de la cooperativa: cantan los niños de la escuela, nos colman de flores. Vamos a visitar el establo: las vacas de raza, admirablemente bien cuidadas, todo muy bien instalado. Los campesinos cuentan: para formar la cooperativa, que tiene apenas unos cuatro años, se han juntado los campesinos más pobres, incluso ahora sus ingresos son menores que los de los campesinos individuales. Pero ellos están seguros de que terminarán por atraerlos a todos: en cuatro años, la cooperativa ha crecido; agrupaba el 10% de los campesinos, ahora agrupa el 35%. ¿Por qué? Porque la cooperativa realiza un trabajo mejor, más técnico, más científico, sus vacas están mejor cuidadas, sus pastos mejoran en calidad. Y éste es el argumento más convincente: la calidad del trabajo que es posible realizar, el progreso que se va alcanzando, garantía de un porvenir rico y prometedor.

Visitamos la hermosa escuela del pueblo que podría estar bien en cualquier ciudad; la linda casa-cuna brillante de limpieza y de alegría de niños; las preciosas casas de los maestros; las casas de los tractoristas, nuevecitas y con todo confort, como el apartamento de cualquier pequeño burgués de nuestras ciudades. Nunca —nos dicen— en la historia de Alemania, los campesinos hemos vivido tan bien, hemos podido mejorar tan rápidamente. ¡Los campesinos...! ¡Ah!, fue aquí, en Turingia, en donde tuvo lugar la gran revuelta campesina de los tiempos de la Reforma. Aquí se luchó por esto que vemos hoy en Magdala, por la tierra y el disfrute de los bienes de su trabajo para los campesinos... ¡Por esta idea murió Tomás

Müntzer! Pero con él nos encontraremos después en Mühlhausen.

Ahora recorremos el valle de Schwarza. La montaña, el río, los bosques seculares: a cada vuelta del camino nos sale al paso una naturaleza encantadora, verdaderos paisajes de estampa y leyenda. Subimos, subimos hacia Sonneberg. Pasamos aldeas, ciudades y pueblos, cada uno más bonito que el otro.

En Sonneberg, como en todas partes, nos reciben las amigas de la Unión Democrática de Mujeres Alemanas: nos cuentan, como en todas partes, sus dichas, sus esperanzas, sus anhelos de paz y de unión.

Aquí, en Sonneberg, este sentimiento es quizá más intenso; estamos en la zona limítrofe. Los hermanos de ambos lados pueden mirarse los rostros, pueden tocarse las manos por así decir. A la gentileza con que hemos sido recibidas en todas partes, las amigas de Sonneberg añaden un detalle encantador. Hay en la mesa, frente a cada plato, un lindo animalito de peluche, un osito, un mono, un perrito. Ellas nos explican: Sonneberg es la patria de los juguetes, de esa industria vive y ha vivido la ciudad: ellas han querido agasajarnos con un pequeño recuerdo de su industria nacional.

Y nos llevan a visitar un museo de juguetes, un museo único, que es el alma y la historia de un pueblo. Desde las primeras salas, en donde la historia del desarrollo de esta industria se enlaza con las del vidrio y la porcelana, antiquísimas industrias del país, vamos recorriendo salas de maravilla que nos vuelven a los días de nuestra infancia, que nos devuelven nuestra alma de niños.

Allí están los viejos juguetes de otros tiempos, las muñecas, los animalitos, los juguetes mecánicos que sirvieron de divertimento a nuestros abuelos, los que alegraron la infancia de nuestros padres, los que fueron nuestros amigos, los que pusimos en manos de nuestros hijos. Y además, los juguetes de otros pueblos desde los de remotas tribus de África y América, desde los de Egipto y Grecia, hasta los preciosos de China y el Japón, que quedan en la zona intermedia entre juguetes de niños y miniaturas artísticas.

Allí nos asomamos a un rincón maravilloso del alma humana, del alma, en especial, de este pueblo alemán que es sin duda alguna uno de los que ha desarrollado más ingenio, arte y paciencia en la construcción de juguetes. Es un rincón donde reina el amor, el amor al niño, sentimiento límpido y puro.

Recorriendo aquel museo, no puede uno menos de pensar en la fuente que ha manado silenciosa, dando vida a estos seres llenos de gracia, haciendo que todo el ingenio y toda la capacidad mecánica del hombre, que ¡ay!, por desdicha, tanto se ha puesto y se pone al servicio de la destrucción y de la muerte, sirviera solamente para encantar al niño, para arrancar de sus ojos el fulgor del asombro, de sus labios la sonrisa del deleite. ¡Maravilloso Sonneberg, maravilloso el pueblo que lo ha hecho tal cual es! (2)

Es imposible decir aquí todo lo que vimos y conocimos en estos cinco días. Diré que visitamos las grutas encantadas de Saalfeld, que estuvimos en el bello sanatorio de Bad Salzungen, que fuimos al Wartburg en Eisenach.

El Wartburg corona a Eisenach como una resplandeciente joya. ¡Cuánta belleza hay en él! Es el castillo de Graal, en armonía íntima con el paisaje, como siendo su expresión más perfecta. El castillo está poblado de leyenda: allí se realizaban los grandes torneos de trovadores. En la hermosa sala de los caballeros contemplamos el gran fresco que representa el torneo en que saliera vencido el famoso cantor germano Walter von den Vogelweide, leyenda que sirvió de base al drama wagneriano "Los Maestros Cantores de Nuremburgo". Allí vivió Santa Isabel de Hungría; frescos que cuentan la historia de su vida cubren las paredes de la galería, y mosaicos con el mismo motivo decoran la llamada Sala de Santa Isabel. Allí, en una pequeña torre, estuvo preso Martín Lutero y allí realizó su famosa traducción del Nuevo Testamento, que es uno de los primeros monumentos de la lengua alemana. En la gran sala de fiestas, magnífica, cuyo estilo y decorado sirven de fondo al Tanhäuser, se han reunido los estudiantes en sus fiestas y también en sus horas de lucha. Allí fue iniciada por ellos la batalla por la unidad alemana.

Tenemos que pasar por Eisenach, sin verla casi, para detenernos en Mühlhausen. En Mühlhausen nos reciben las obreras de la fábrica "Clara Zetkin"; es una fábrica de delantales y vestidos de

2) La antigua industria de los juguetes se desarrolló en Sonneberg como una artesanía. Familias enteras trabajaban en ella. Pero los juguetes, costosos, no eran para los hijos de estas gentes humildes sino solamente para los niños ricos, cuyos padres podían comprarlos. Ahora, todos los niños de la República Democrática Alemana, tienen juguetes.